

A Roberto

Tiempo 1

I

LA salvia en torno de mis sienes gira
y un pálido panal sin nacimiento
en el rizado trebolar suspira.

Yo inauguro en la brisa un movimiento
blanco y tranquilo, de animal frescura
y un ala informe en el delgado aliento.

II

Colmo mi dulce espacio de raíces
que encabritan mi voz de sal oscura.
Mi pequeño lugar de flor futura
avanza entre un rumor de cicatrices.

En un tiempo de mar recién nacido,
lleno de flautas ciegas amanezco
a palomar frontera sometido.

Y por la muda sangre que obedezco
en semillas de arcángel dividido.

II

CON melodioso lirio y diestras sales,
en lengua vertical dicen su espuma
buscándome la sed los manantiales.

Cárdenas mieles el racimo suma
y escoge entre sus venas el espleigo
para nutrir mi jubilosa bruma.

Un cauteloso oleaje se arrodilla
pulsando asiduo mi flamante fuego,
y frecuenta en mi piel de barro ciego
el difuso clamor de la semilla.

La descuidada boca doy al río
y el sordo espejo de mi pie desnudo
al mojado avenar alegre fío.

Tan libre ruedo en el secreto nudo,
gastando mal mi rostro de rocío.

III

ENTRE los pozos de mi sombra trisco
de ala en vilano hacia el rumor que afina
la rosa cardinal en su alto risco.

Labrando un tornasol de golondrina
desenvuelve mi lengua cazadora
su fragante alfabeto en la neblina.

Se arriesga en flor mi pálida garganta
y del maduro nardo se enamora.
Tiembla en jazmín, en girasol se dora
y el pudoroso idioma se levanta.

Vienen a mí las razas inocentes
del pequeño jardín y el cielo enano.
Me tocan sus arterias transparentes.

Y corro con un pueblo de la mano
hacia mi rosa, por cantados puentes.

IV

LA sonrisa que adiestra al viento lacio
con derramadas curvas de amapola
acrece flor a flor mi tierno espacio.

Brinca mi sangre en su olorosa ola
y al círculo bullente me encadena
el cuajado ademán de la corola.

Muerto hacia atrás qué fresca luz me viste
el torso puro que la fuente estrena.
Nacen conmigo el álamo y la arena.
Un orto de la espuma nos asiste.

Con memoria de hierba toco el río,
mientras late en mi tímida osamenta
el seminario cruel con verde brío.

Y un silbo de calandria me sustenta
al borde, al frágil borde en que sonrío.

V

X

LA luz redonda que el cerezo fragua.
la fuga de las víboras sin dueño.
El entornado párpado del agua.

La nube anclada en su primor isleño.
El recental que endulza la colina
y el huevecillo que me comba el sueño.

La azorada vigencia de la nieve.
La brusca llaga que el clavel me inclina
y el humilde cristal de la resina
que enclaustra cedros en mi mano breve.

Todo me espera desde el hueso hundido
donde crece el racimo de mi llanto
y acendra la ceniza su latido.

Todo en la sangre se me vuelve canto,
fiesta sin miedo y árbol sorprendido.

VI

INVESTIDO de oscuras potestades,
bajo el temblor del musgo me reclino
restando a mi inocencia sus edades.

Yo despierto un salobre remolino
que destrenza las médulas copiosas
cuando a coger un caracol me inclino.

Desertan los arroyos sus vertientes,
suben por las raíces presurosas
en distante trigal y crueles rosas
hacia mi boca de hambres obedientes.

Si a la orquestada lengua del estío
cuando se funden piedras y frutales
suma mi flauta un desmañado pío,

se erizan las montañas de panales
y en trompas de cristal se cambia el río.

VII

HERIDA en los escollos del perfume
la primorosa escama al sol avienta
un iris que en mis ojos se consume.

Yo por la rosa que su vuelo inventa,
doblando flor y muerte la persigo
en fuga por mi sangre sin tormenta.

Colmada su estación de un solo nardo,
por el gran cielo busca su enemigo.
A su hostigada miel mi sombra ligo
y en mariposa me desprendo y ardo.

Ella mi verde lágrima inaugura
plegando en niebla su fantasma de oro,
y en él mi consumido alear perdura

salvado para un tiempo que yo ignoro,
en una fidelísima criatura.

EV

VIII

TAN leve el cuerpecillo desmandado
y el fresco pie donde se nubla el trigo
entre bisulcas huellas enredado.

Frágil almendra en puro desabrigo
mezclo en mí las arterias soledosas
y de esta miel soy pálido testigo.

No me advierto, jocundo y transparente
velado entre zorzales y raposas,
compartiendo sus lenguas tenebrosas
disuelto en trino por la luz sapiente.

¿Cómo quebrar el ámbito encendido
donde mi alegre cuerpo se construye,
salir hacia mi hoy despavorido

y verme andar entre la mies que huye,
saberme ser en este reino hundido?

IX

ENTRE el blanco temblor de las campanas
urgida por la luz, anda la muerte
haciendo sitio a horneros y manzanas.

Sobre mis hombros su mirada vierte
rotos estambres, sorprendidas venas
y ajadas lluvias, que mi piel no advierte.

X Mancha mi voz con sangre de corderos
y caigo entre un tumulto de azucenas,
con la sonrisa lastimada apenas
por la raíz que rizan sus veneros.

Corta el agudo brote de mi queja
antes de que se atreva a ser espino,
y pronto a abrir su arisco mar, me deja

de frente al arrayán, de cara al trino,
cerrado el norte audaz con una abeja.

X

ENCERRADO en el círculo pequeño,
cerca de toda sed y toda fuente,
miden mis pasos el solar del sueño.

Ni un oído de flor se curva ausente
cuando colmo los vientos sembradores
volado por mi flauta transparente.

XI

No miente el pez cuando se cambia en nube
o salta de la estrella repentina
o por los tallos de la niebla sube.

No miente cuando el pecho me ilumina
con dura escama y en rizado frío
sobre embotadas islas me reclina.

No miente si en mis aires clausurados
roble y llantén anuda con su río
y al brusco toro y al halcón sombrío
disfraza con relámpagos salados.

Ni si usurpa mi rostro y mi destreza
para gozar enjambres y semillas,
mientras el resplandor de mi cabeza

pálidas ondas mueve en las orillas
y surte alegre en la fluvial maleza.

XII

DE allá, de donde vienen las caricias
y andan enormes gentes murmurando
extraños coros y áridas delicias,

a veces cae un arroyuelo blando
con mi nombre tendido en la corriente
para enlazarme al cauteloso bando.

O un brazo dulce que limita el día
baja hasta mi extensión desobediente
y erige un ademán omnipotente
que aleja la nocturna hechicería.

Siempre detrás del aire y de las rosas
altos rostros vigilan mi llanura
cubiertos de palabras poderosas

que ahuyentan el rumor de flauta oscura
donde me oyen vivir las mariposas.

XIII

SEA la luz dijeron al abrirse
mis ojos y la luz vistióse el mundo
y en ella fué mi sangre a confundirse.

Es la luz, soy con el hervor jocundo
que mece al mar, empuja las praderas
cría la exacta miel y el pez fecundo.

No pido, acuden a mis limpias manos
las ardientes espumas de las eras.
Inventan mi caricia las corderas
y mi hambre alegre fundan los manzanos.

No me fatiga el curso de la rosa,
ni me impacienta la sazón del fruto.
Salta puntual mi lágrima preciosa.

Me esgrimen viento y llanto y no discuto
porque me ignoro y soy la luz copiosa.

XIV

SOBRE la hierba azul, dorado y fuerte
cruzo una noche espesa de latidos
entre los perros que oyen a la muerte

y curvos, en su niebla sumergidos,
el polvo que en mis huesos goza y arde
tientan, jadeando, por mis pies mullidos.

En mi nocturno voy, sin pensamiento,
esclavo audaz y dueño sin alarde.
El miedo cripa mi ademán cobarde
y suena en Dios mi pálido lamento.

Custodiando el temblor de alas secretas
que en la maraña de mi sangre luchan
al armonioso padecer sujetas,

los dulces perros que a la muerte escuchan
lamen tranquilos mis rodillas quietas.

XV

BORRADO fué el cabrito en la colina,
pero a través del llanto ardió en el cielo
un aleluya audaz de golondrina.

Borrado fué su indiscifrable vuelo,
pero un delfín abriendo el mar de armiño
en jubilosa luz curvó mi duelo.

Borrado fué en la onda el pez agudo.
Volvió la espuma a su lujoso aliño
y sobre el agua dura el viento niño
con un vilano socorrió al desnudo.

Quebróse el giro vegetal del juego
y el ajado rumor de mi alegría
en súbito cantar alzó su fuego.

Miré en mi sangre, vi cuanto quería:
ave, cabrito, pez, vilano ciego.

Tiempo II

1

ALZAN el claro hocico mis lebreles
y husmean en los aires invasores
de lento corazón desconocido.
En blandas curvas y extranjeras flores
traduce absorto el valle conmovido
la tierna multitud de sus temblores.
Alzan, tensos, la pálida cabeza
y a serme ajena su honda luz empieza.

Cristales que se apartan del rocío
abriendo finas hojas por el cielo,
y un aroma sin patria que me embiste
dudando entre paloma y asfodelo.
Y el agua que a mi rostro se resiste
con espuma tenaz o brusco hielo.
Y este clamor que viene de la tierra
y en mi pujante soledad me encierra.

Hiere mi boca el tierno caramillo.
Se eriza el musgo fiel en las colinas.
Oigo blancas pisadas de cordero
y un relámpago azul de golondrinas.
Es hora de nacer y no me espero
perdido entre dulcísimas espinas.
Todo es nuevo, mi voz y las criaturas
que me acechan con lágrimas oscuras.

Como nacido de mis propios huesos,
oliendo a ciega sangre sin memoria,
en la caliente máscara del día
palpan mis ojos la dorada historia.
Suman mis pies en la flamante vía
rosa y ardor su cifra transitoria
y asusta a las torcaces en el viento
brújula verde, mi crecido aliento.

II

DEL olmo fraternal nieblas escucho,
nieblas heridas por secretos trinos.
Pego al cándido tronco la mejilla,
devoro los menudos torbellinos,
y hallo, desierto, en la poblada orilla,
tan ajenos los modos cristalinos
en que mi propia voz abrió un momento
el canto alegre y el sin par lamento.

Los pálidos discursos de las hojas
punzan mi lengua con premiosas quejas.
La sombra de los mirlos en mis dedos,
el oloroso andar de las abejas,
sus crueles nupcias de oro en los viñedos,
mi huella firme en las arenas viejas:
todo está fuera y de mis huesos vuelve
y en lucha con mis ojos se resuelve.

El menudo ademán con que me inclino
sobre la guija que en el agua sueña,
en verdes pozos de marinas llagas,
entre azorados peces me despeña.
Se pudre el fruto que en mis manos vagas
la antigua lumbre de febrero enseña,
y árboles secos y áridas simientes
se disputan mis ojos inocentes.

Salgo del claro reino al claro reino
perdido como el mar entre sus olas.
Aquí está el alto, el gorjeado pino.
Aquí me esperan nubes y corolas.
Por aquí andaba mi color divino
fundiéndose con piedras y amapolas.
Por aquí andaba en mi solar de altura
con zarcillos de Dios en la cintura.

III

¿QUÉ resplandor me curva de repente
y de espuma frutal hinche mis venas?
Por todas partes me desatan lianas.
En toda tierra me sostengo apenas.
Y voy fuera del plan de las mañanas
golpeándome entre lágrimas y antenas.
Más allá de mis manos crece el higo.
Más acá de mi boca arde conmigo.

Pliego y despliego esta enconada brisa
que hurta perfumes, con los silbos juega
y anuda mis cabellos con la escala
donde la madre selva se me niega.
Tras mirlo y garza y picaflor resbala,
temblando de amistad, mi mano ciega
y todo está detrás de su oro vivo,
lindero de mi aliento, anda cautivo.

No hay duda, no, me miran como siempre
desde una miel transida los rebaños.
Con la estrenada lumbre del rocío
vienen a mí perfectamente extraños.
Pesados de rumor como un gran río
pasan abiertos por mis pies huraños
y a golpes de zampona desolada
mi vieja imagen quiebro en su mirada.

Toda huella me asalta. Con un signo
prisionero golpea en mis retinas.
Cantos robados al amargo cielo
se enredan en las hierbas cristalinas.
Jadeante de visión y turbio celo
me alza la brisa entre sus garras finas.
Y el llanto que en su ráfaga me escuda
del cruel abecedario me desnuda.

IV

FURTIVAS selvas suben a mi encuentro
convulsas de alas tibias y latidos.
Crespo rumor de sangre en los follajes,
vagos incendios, soplos consumidos;
gargantas que los pálidos oleajes
arremolinan en profundos nidos,
brega de aromas, invasión de alientos,
cuajan mi luz de turbios nacimientos.

IV

FURTIVAS selvas suben a mi encuentro
convulsas de alas tibias y latidos.
Cresco rumor de sangre en los follajes,
vagos incendios, soplos consumidos;
gargantas que los pálidos oleajes
arremolinan en profundos nidos,
brega de aromas, invasión de alientos,
cuajan mi luz de turbios nacimientos.

Valles de mansedumbre lastimada
pulsan con finas hierbas mi secreto.
Cardos agudos en mi voz se hunden,
falenas de agua doran mi esqueleto.
Los duelos de la miel mi lengua funden,
ciegos enjambres en el silbo aprieto,
y muevo, en grave andar por las colinas,
la raíz de las lágrimas divinas.

Cogido por la sombra del sollozo,
trenzado por las huellas sumergidas,
blanda labor de arroyos y praderas
rige mi llanto y urde mis heridas.
Una presión audaz de primaveras
ahoga en flor oscura mis huídas
y ensimismado en arduo sol me alumbra
el sacro fuego que la espiga encumbra.

Orto prohibido en la nocturna breña
comba mi canto su ademán de estío.
La turba germinal busca mi frente
volada en alto vórtice de frío.
Con pánico de amor su nube urgente
preso en mi curvo rayo desafío:
el verbo virgen en la boca herida
y en las venas el trueno de la vida.

v

Si el trigo en flor me dora las rodillas
se llena el aire de vestiglos de oro.
Si el lino en flor me blande el pensamiento
hurgo sombrío en el feliz tesoro.
Camino de centella pido al viento.
Muerto de sed azul, avispas lloro.
Contra dientes de niebla es mi salida
y a trigo y a linar huele mi herida.

La cabra rubia en las crecidas ubres
una burbuja de su leche atiza.
La sola gota que mi lengua pide
en fugitivo nardo se desliza.
El espumoso cántaro despide
caliente aroma que los aires riza.
Y mi hambre hueca de capricho mozo
estira en fuego su enconado pozo.

Castigo el rostro que la fuente esculpe.
Quiebro al aparecido de la espuma.
Saltan en cifras de agua devorados
ojos y labios, la delgada suma.
Mi flauta ahogo en sumergidos prados
tras el pez vivo que mi sangre abruma,
y devuelto a la flor de la ribera
un nuevo rostro donde herir me espera.

Mata de hierba aguda, toro invicto.
Arroyo que en mis muslos desembocas.
Bestias del cielo y de la tierra, hormiga
de negra sal, paloma que me invocas
con clausurada lengua de enemiga.
Suaves, menudas, transparentes bocas:
venid a mí como antes de este olvido;
no me hurtéis el relámpago perdido.

VI

CRECE la tierna caña entre mis dedos.
Un becerrillo crece con el día.
Crece el laurel que descuidado nombro
y el almendral que mi garganta cría.
Sube un vellón hasta tocarme el hombro
y el nervudo zarzal el cielo estría.
Debajo de mis pies hierve la grama
y temple el trébol su sabrosa llama.

VII

DORMIDO está el rabel bajo la acacia.
Ahogada en flores de oro arde la siesta.
Un diálogo de arroyos y bambúes
cruza temblando la bruñida cuesta.
Bulle de azules, palomares úes
el picante rumor que alza su cresta
rubia de polen, en la sombra aguda
donde mi oído alerta se desnuda.

Crezco hacia el mar que gime en las restingas,
hacia el cetáceo y el coral bullente.
Negras escamas suben de la hondura,
su soledad limitan en mi frente.
Ramos de oídos en la sombra dura
rozan mi boca de flautista ardiente,
y por mis palmas de color deshecho
un dulce monstruo deja huir su pecho.

Los brazos se me pueblan de ciudades:
muros cerrados, lámparas cerradas.
Quiero golpear en los laúdes muertos,
soplar en las seringas enlutadas;
entreabrir los minúsculos desiertos
donde mis venas quieren ser volcadas,
y en el ácido fuego de las grietas
beber las dulces lágrimas secretas.

Crezco de amor, de canto, de semilla,
Invado el cielo en desbocada nube.
Yo hacia la mar, hacia mi voz la tierra,
todo en creciente sin amarras sube.
Salgo sin fin y un caracol me encierra
¿de quién tan triste libertad obtuve?
Arrodillado entre una flor y un vuelo
sin mañana ni ayer, desnudo velo.

Caminos de amaranto y lechiguana
trenzan el aire verde en el aprisco.
Turbado olear de niebla mugidora
muerte en la luz el más secreto risco.
Y toda bestia que en la tierra mora
deja un instante su rincón arisco
y desde el fondo de su sangre mira
la miel extraña que en mi piel se estira.

Bajo la acacia está el rabel dormido.
Muda en su llaga alegre mi garganta.
La cerrazón del canto, paladeo,
que sobre los tomillos me levanta.
Pulso hacia adentro, en pálido jadeo,
la cuerda que en mis dedos se quebranta,
y solo por la nube en que padezco
habitado del mundo prevalezco.

Duerme el rabel debajo de la acacia.
No sé decir sino alas y vilanos.
Alientos como ramas encendidas
se devoran el agua de mis manos,
y un júbilo de lágrimas perdidas
rueda en lentos embriones de veranos
que hinchén, sin prisa, mis silencios crueles
ante el sesgado ojear de los lebreles.

VIII

LA luz que me incorpora enamorado
grietas de blanco abismo me consiente,
vislumbres del gran rostro que derrama.
El hueso adicto en su nocturno siente
el fuego de morir que lo reclama
y en flauta singular sube a decirlo
mientras calla el mastín y escucha el mirlo.

Escucha como antaño entre las hojas
sacrificando tiernas oruguillas.
Su dulce ojuelo de aguas ejemplares
espeja dislocadas maravillas:
mi estatura fugaz en los habares,
contendientes de oro y rosa en mis mejillas
y aquella boca de cantar frecuente
docta en primores de panal y fuente.

Escucha el suave mirlo en el almendro,
sitiada por mi sangre su inocencia.
Golpeándole con ráfagas sutiles
mi voz quiere arrancarlo de su ausencia
y traspasa sus móviles perfiles,
hiere su melodiosa transparencia
y exige, cruel, un pálido regreso
al descarriado que se humilla preso.

Salta el silbo desnudo entre dos flores.
Hierve la pluma en lumbre deleitosa.
¡Ay amigo de ayer por qué me dejas
perdido en esta claridad copiosa!
Firme en tu rama y en mi voz te alejas
y mi llaga de amor tu sombra acosa.
Dime si con mis ojos ves la hierba,
si el agua sufres con mi boca acerba.

IX

MIRANDO estoy como le crece el bozo
al agrio, balbuciente duraznero.
Pulsando estoy con ojo sin caída
la prieta llama que en el lirio espero.
Antes del agujón siento la herida
antes del aire, sorbo el aire entero.
Delante de mis pasos me apresuro,
derribo nubes y me vuelvo oscuro.

Sí, tan oscuro yo, de pecho limpio.
Yo entre mi flauta y mis ovejas de oro,
mirándome en los ríos de la tarde
lleno de pozos y alas me demoro.
Quiero escuchar mi voz que pasa y arde,
turbia de flechas, por el simple coro
donde bala el cabrito, el buey pasea
y sobre el hinojal el tordo alea.

Del sueño al valle, de la brisa al trino,
qué voluptuoso azar, qué desgobierno.
Con el lechal entre los brazos busco
arrecido los lindes del invierno.
Sobre escarchas y lívido pedrusco
dejo llorando el vellocino tierno
y huyo mientras se cuaja el cielo vano
y un tormentoso perro lame el llano.

Sufro montañas, desarraigo peces,
arisco, lastimado por los ecos
de mis pies, de mis ojos, de mis manos,
que huellan, ven y palpan rostros secos.
Círculo entre gaviotas y manzanos
pastor de quejas y ululantes huecos.
Por la resquebrajada faz del mundo
intrincado y sin norte me difundo.

X

¿CUÁNDO la rosa concibió este frío?
¿Cuándo esta leve sombra cazadora
afinó en mi garganta su rudeza
y me detuvo en la canción que llora?
¿Cuándo nació la pálida maleza
que enturbia el goce de su pulcra aurora?
¿Cuándo perdí su celestial privanza
de sangre a sangre el nudo y la alabanza?

En vano retrocedo en la espesura
de rosa y brisa que en el canto sumo.
En vano desenvuelvo mis raíces
y asir mis ojos de otra vez presumo.
Rosas como encendidas cicatrices
en sus intactas muertes hosco asumo,
y en dócil sucesión de aroma y fuego
el presente fantasma adoro y niego.

Llaga mi boca el inocente nombre,
con ambiguas arenas me aridece.
Y es ella, es ella la escultura briosa
que en mi lágrima fuga y comparece;
la misma que en la hondura sigilosa
de las muertas praderas resplandece,
la rosa, rosa y rosa desmedida
cubriendo el mar y el agro en tarda huida.

El rumor de la nieve arruga el aire
y el aliento suavísimo encristala.
Cruels disfraces urden sus tesoros:
se quiebra en antro, se encabrita en ala,
o en brusca selva de volubles oros
donde borrado ya, mi pie resbala,
y preso inerme del feroz hechizo,
en ceniciento espacio me deslizo.

Tiempo III

I

EL alba multiplica sus alertas.
Sopla desde la mar sobre el cerezo
su ráfaga de espumas entreabiertas.

Mi flauta ondula un vago desperezo
y estrenando una sombra aljofarada
la ciega lidia de mi sangre empiezo.

Con brusco andar de engavillado río
despierto a la sonámbula manada.
Gira un pez en su gruta nacarada;
late un guijarro en el desnudo frío.

Corto es mi sueño. ¡Oh lúcida agonía!
Con punzantes palomas de agrio fuego
el alba entre mis médulas porfía.

Parto, vuelvo a partir y nunca llego:
de una abeja a su miel mi sol se enfría.

II

EN la bullente luz de la majada
quejas de caracolas y zorzales.
Caramillos de miel. Flauta salada.

Rozan mi pecho júbilos boreales.
Rumor de selva aguda y ventisqueros
entre el caliente andar de los erales.

Cruje una orquídea en la boscosa llama.
Silban los arenales prisioneros.
Y sobre el leve olear de los corderos
un pálido bramido se derrama.

A la intemperie sin orilla ofrezco
puro el oído en mi llagada vela.
Brisas indago, ráfagas padezco

y hundido en la profunda pastorela
muriendo a briznas, en el ángel crezco.

III

CUANDO dije a la mar: quita tu escudo,
dame la luz audaz de tus majales,
entonces ciego fui, y entonces mudo.

Entonces los celestes animales
vieron al desterrado en las orillas
buscar a tientas trigos y panales.

Vieron al triste dueño de la tierra
comer amarga sombra de semillas
y apretar a las flautas amarillas
la ambigua boca de querube en guerra.

Desde entonces convoco a los ausentes:
por recobrar mis ojos derramados
y aquella humilde cántiga de fuentes,

fatigo la memoria de los prados
y el pecho de las bestias obedientes.

III

IV

ESCASO tiempo y duro andar me afligen
y la sazón que alerta mis entrañas
con brida impura y corta luz corrigen.

El canto crece en ráfagas hurañas
y alza crestas de sangre poderosa,
húmedo fuego en híbridas marañas.

Choca en los pobres ojos irisados
de antiguo mar, de antigua mariposa,
contra la pobre lengua sigilosa
que el aire avienta por lujosos prados.

Pueblos del agua, tribus de la brisa,
suaves criaturas, ved al jubiloso
que en Dios apacentaba su sonrisa

buscarse en vuestras sombras, sin reposo,
mientras la herrumbre de sus horas frisa.

v

A mitad de camino en tu blancura
desmiente el nácar mis arterias vivas
y el canto se me cuaja en rosa dura.

En granizo mis lágrimas cautivas.
Contra mí vuelto en ráfaga el respiro
y en la lustrosa piel yertas olivas.

Súbite invierno tu ademán rezuma
salobre garza adicta a mi suspiro.
En intrincado albor con llagas miro
y huyo temblando de tu invicta espuma,

porque he visto en la impávida frontera
al breve, al diosencillo ceniciento
que funda con mi voz tu primavera

más allá de este límite violento
donde en tu mudo amor mi sombra espera.

VI

No huyas palomica entre los setos.
Soy yo, el oscuro tañedor de cañas,
el mínimo pastor de pies inquietos.

Tú asientes con praderas y montañas
a esta crecida del tesoro infuso
que ardiendo en flor gobierna mis entrañas.

La centella leal en que te asomas
blancos temblores en mi canto puso:
aun gira entre los mirtos inconcluso
oliendo a vaga sangre de palomas.

Yo rabadán de silbos y de brumas
partí contigo el viejo paraíso
al pulcro resplandor de tus espumas.

Tú sola quedas donde Dios te quiso.
Yo mendigo en el cerco de tus plumas.

VII

INÚTIL es sentirte y padecerte
espejo de la miel, corza de niebla,
y renunciar al llanto para verte.

Mis ojos tienen brotes de tiniebla
y apenas guardan del perfecto día
este difuso rayo que me puebla.

Inútil es que siga en la enramada
el rizo burlador de tu alegría
y bebas de mi mano el agua fría
en tu nube de sangre soslayada.

Cuando a la orilla de mi sombra acudes
y el sitio exacto del secreto ocupas,
mi celestial pavor tímida eludes

de un brinco montaraz, volviendo grupas
y al muerto de los ojos te sacudes.

VIII

Yo que en la luz las ubres rubias hube
y electo fui por la materna gracia,
ya no puedo apartarme de esta nube.

Hundió al arcángel la inocente audacia.
Me privaron los pechos su largueza
y conocí mi singular desgracia.

Con la herencia del ciego, enamorado,
mal entendí mi exilio y mi pobreza.
Soplé mi antigua flauta en la maleza
y vime en mi canción encristalado.

Yo, furia musical, parvo y agudo,
por descifrar mis lágrimas confusas
hoy, como ayer, al instrumento acudo.

Tiemblo de amor, de llagas inconclusas,
y del rebaño fiel espero y dudo.

IX

SUAVES acuden a mi voz desierta,
pulsando en los ramales de la nieve
el paso arisco, la burlona puerta.

Cautos estrechan la comarca breve
donde el cristal su bosque arremolina
y en lianas de marfil mi sangre llueve.

Su amoroso latido insta a los cielos
donde mi pie su angosta luz reclina
y asegura su tierra vespertina
sobre delgada cimbria de asfodelos.

Acuden las criaturas al cautivo.
Flacos ayes transpira el cuerno mudo
que alza mi mano ya sin peso vivo.

Hallan la brecha, ciñen mi desnudo
y a media muerte cobran al esquivo.

X

EN largo amor y estrecha servidumbre,
apacentar el canto de la tierra
nutrir su hosca semilla es mi costumbre.

Entre alondras y buhos fué la guerra.
Entre alba virgen y sabrosa tarde
el más agudo día su oro encierra.

De las metamorfosis del rocío
salió esta lengua que entre lirios arde
y repliega su júbilo cobarde
hasta perderse en soledoso pío.

Porque pesa el rumor de la mañana
ciega de mirlos con cerradas mieles.
Pesa la deserción de la manzana

y un gran miedo sombreado de laureles
en esta voz que casi llanto, mana.

XI

AGRIO está el pan en el zurrón angosto.
La flor candeal en negra espuma hundida
y en la cuerna de miel, dañado el mosto.

Mayo abejea en la zampona herida
y en el sauzal un pálido zureo
usurpa mi garganta enmudecida.

Ceñido en lumbre por la ahincada fiesta,
doblado en brisa y llanto me paseo.
Por zarzas y tomillos huroneo
con castigado muslo y sangre enhiesta.

El cándido manjar con hambre alejo
y niego al vino la transida boca.
Mayorazgo de amor, gozo y me quejo.

La vida entre mis manos desemboca
y de aciago poder, morir me dejo.

XII

GOTA de flor que toda flor resume,
con la edad de mi sangre atemperada.
Mi asiduo riesgo, mi alimento insume.

En círculo mortal —prieta morada—
los andantes jardines zumbadores
estrecharon su miel desorbitada.

Lentos diciembres de húmeda glicina
pegados a mi sombra en los alcores
y mayo audaz de mirtos punzadores
que en arrugada niebla agosto empina.

Sapiente gozo, angélica proeza,
me borran con pausada quemadura
hueso adentro, en angosta fortaleza.

Toda la flor en mi ademán fulgura.
El canto vivo a sustituirme empieza.

XIII

YA puedo ver los ojos de la piedra
y esta mano velluda de rocío
que alrededor de mis cabellos medra.

Ya puedo alzar el párpado sombrío
que aprietan las brumadas del abeto
y ver la fuga del arcángel frío.

Ya puedo detenerme en las colmenas,
asir la brasa que a mi voz prometo
y en ruda miel volarme el esqueleto
minado de polares azucenas.

Ya me alcanza el relámpago, ya miro
donde mi corta sangre lo prohíbe.
Nieblas de fuego con dolor respiro.

El gran hogar alegre me recibe:
como una brizna del otoño, giro.

XIV

Si a un hemisferio de panal sonrió
en el nocturno de la miel desciendo
entre agujijones de cuajado frío.

En brasa de paloma el aire hiendo,
transparente de amor, largo en promesa,
y ya el limo del mar me está comiendo.

Voraz la breña avanza repentina
cuando mi huerto adulta flor confiesa,
y el implume zorzal que en mi profesa
de rudísimo azor se contamina.

Seguro estoy de alzar la vestidura
del trigo, de entreabrir los manantiales,
cuando es mi pan espina y quemadura

y el olor de las trojes celestiales
hunde en azul carroña la onda pura.

XV

Tu aire esculpe el otoño en mi garganta.
La lumbre de las uvas montaraces
mis arriscadas vértebras levanta.

Dividido entre lágrimas rapaces
cruzo tus laberintos transparentes
empañados de perros y torcaces.

Palpo en tu rostro mis cenizas, claras,
mis pies vislumbro en tus cerradas fuentes.
Todo me nombra en cláusulas ardientes
y tú de toda puerta me separas.

En ti soy, de ti vengo, a ti me inclino.
Columnas son mis huesos de tu hoguera.
Sílabas de tu canto es mi camino.

Pero mi triste boca es extranjera
oh, duro reino, en tu solar divino.